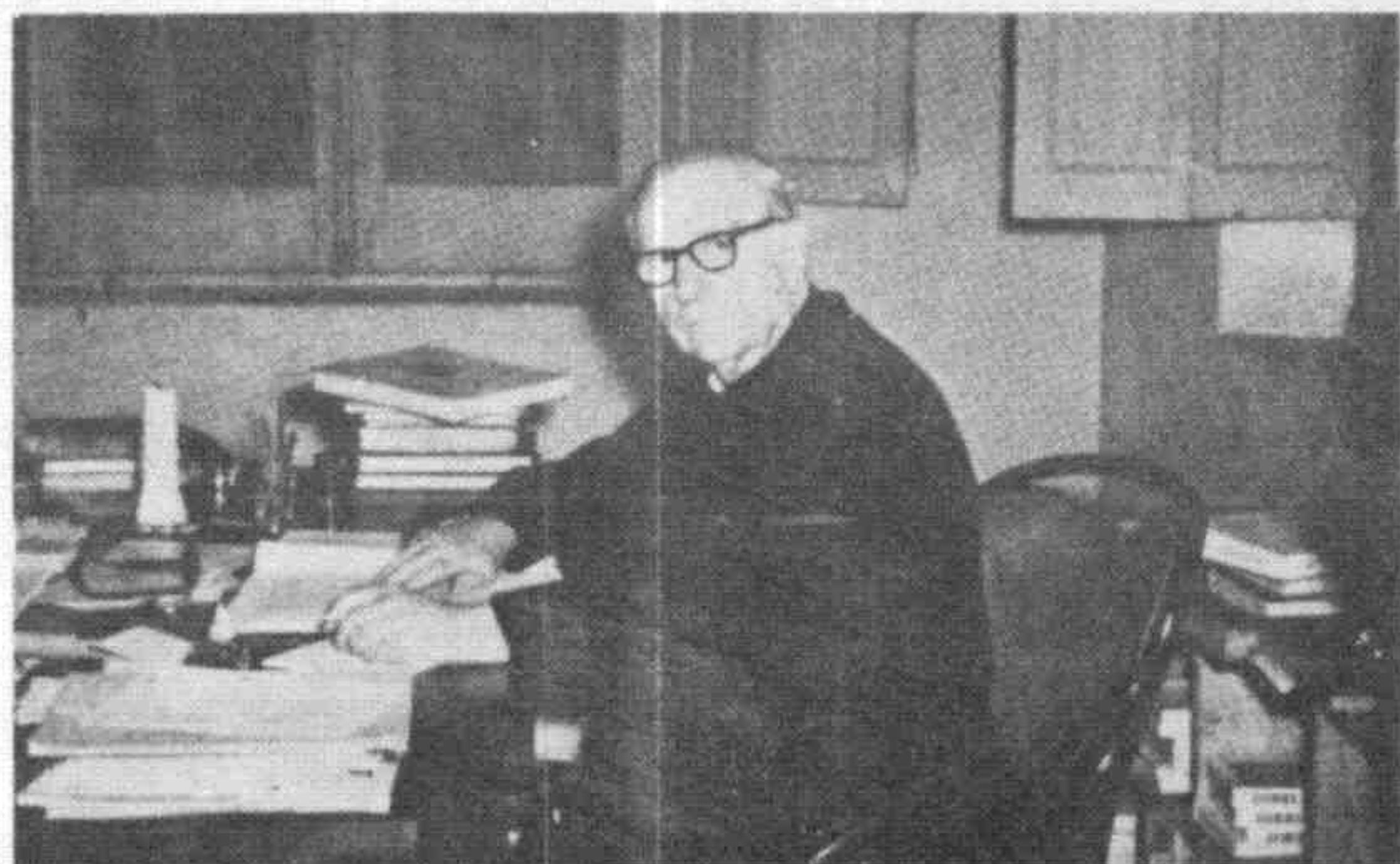


EL P. FURLONG Y EL COLEGIO DEL SALVADOR





El P. Furlong en su estudio del Colegio del Salvador.

En mayo de 1974 muere, en Buenos Aires, el R. P. Guillermo Furlong S. J., lúcido historiador y filósofo. En la misa concelebrada de sus exequias, su amigo personal, el R. P. Ismael Quiles, pronuncia las siguientes palabras:

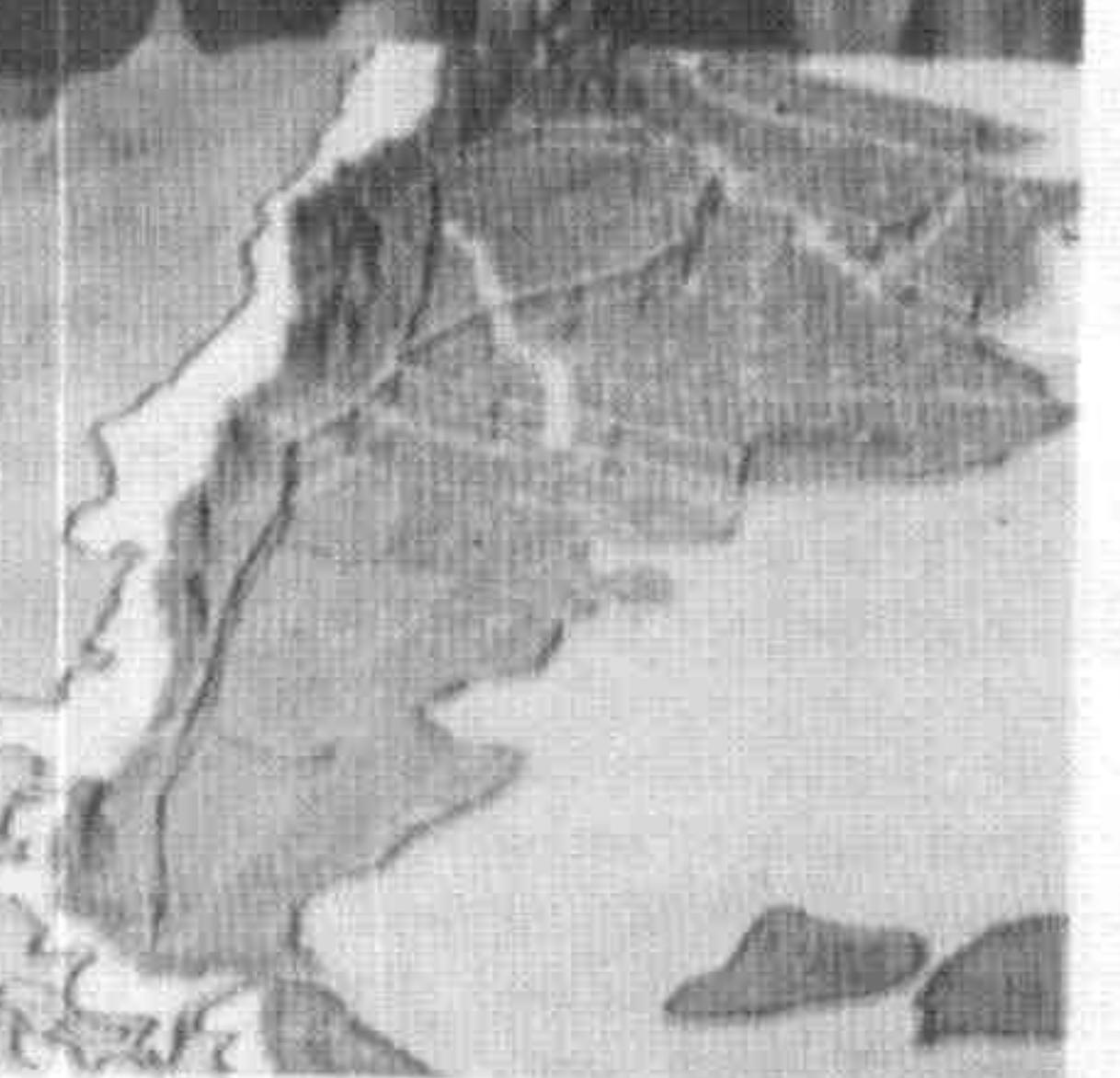
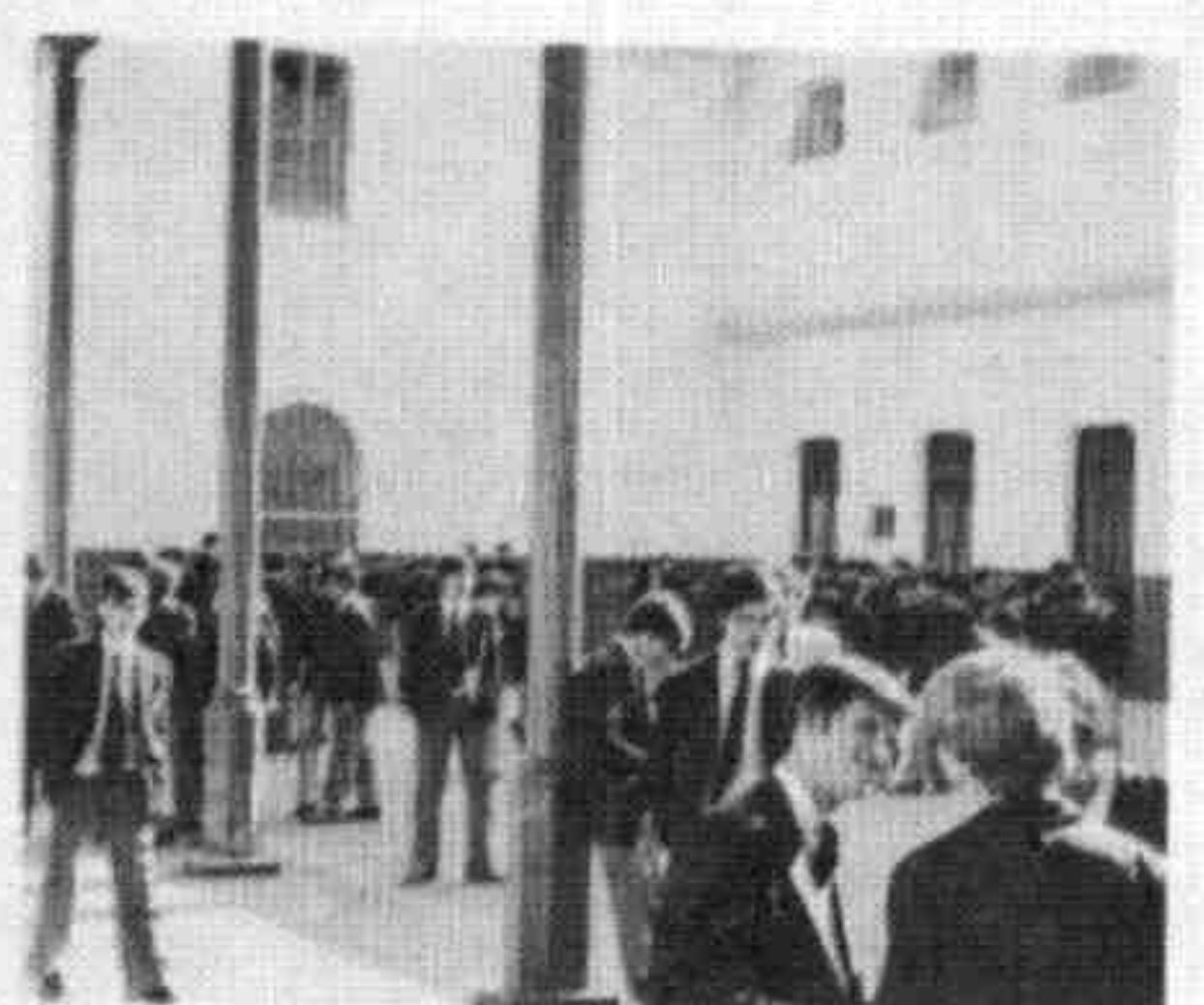
"El P. Furlong dentro de la Iglesia y para servir a la Iglesia sintió la vocación de jesuita. Y también fue toda su vida un jesuita consecuente, fiel, fidelísimo a ese aspecto de su vocación. El quería a la Compañía de Jesús con una profundidad, con una emoción verdaderamente constante, permanente y creciente, porque si es cierto que cuando joven la vivía, cuando anciano la sentía con más emoción aún, a pesar de algunas dificultades a las que tengo que referirme después. Esto le hacía querer más y más su vocación (...).

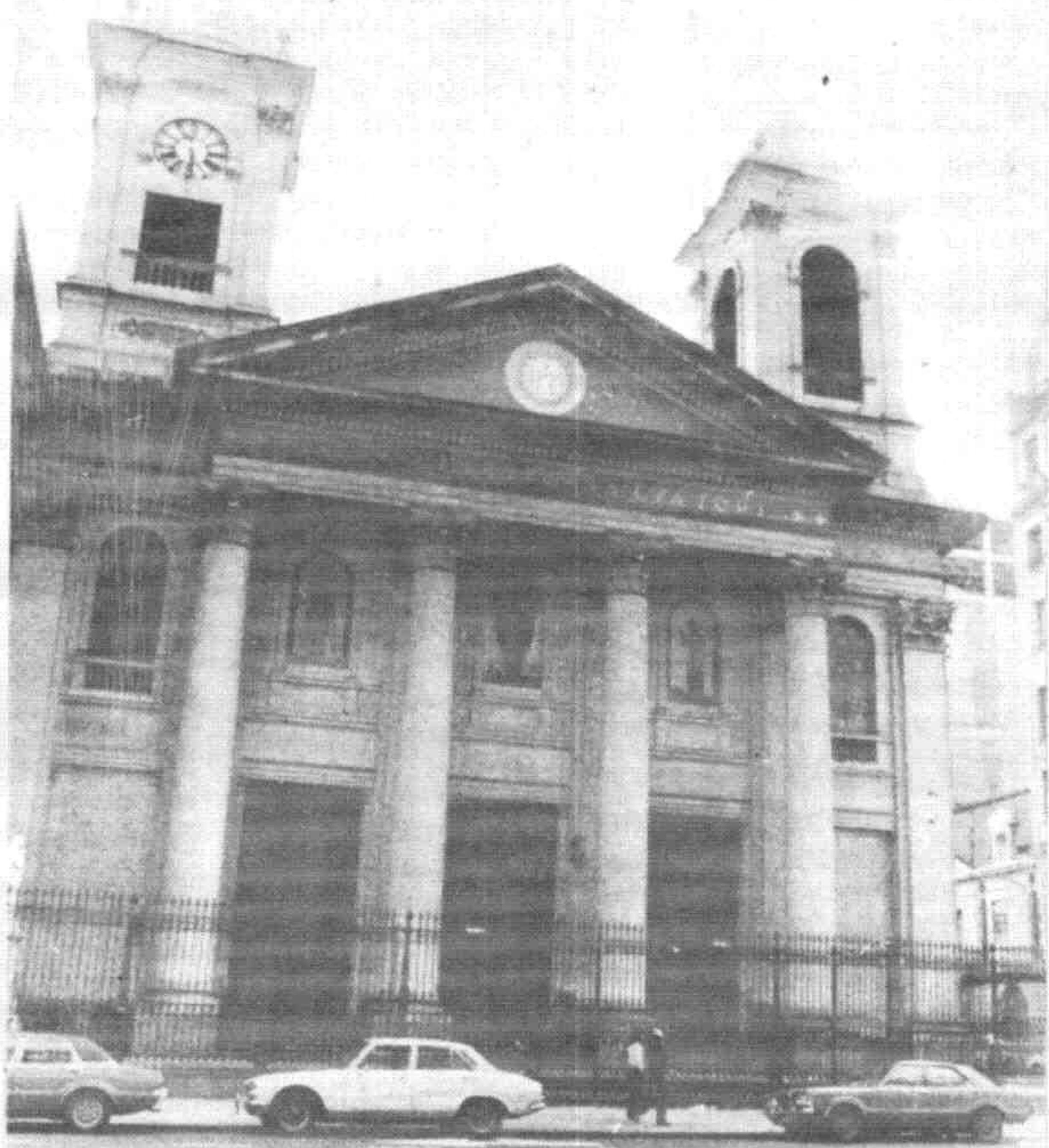
El fue jesuita del Salvador. Vivió casi toda su vida de jesuita en el

Salvador, con excepción de algunos años en los Colegio de Montevideo y Santa Fe. Pero su obra de jesuita la ha realizado aquí, en este marco del Salvador que él vivió y cuya historia trazó, otro de los grandes monumentos que nos ha legado. El Salvador tiene ante todo el marco tradicional del Colegio, en el cual él fue profesor y donde trabajó hasta los últimos años de su vida, con todo lo que el Colegio tiene de tradición, con todo lo que significa el sello del Salvador, ante todo representado por el Colegio. En el Salvador no solamente trabajó en el Colegio sino en lo que el Colegio ha ido produciendo, ha ido haciendo crecer en torno a la atmósfera del Colegio: sus exalumnos, sus instituciones culturales, su biblioteca, la Academia del Plata, la Revista Estudios. Ha sido sin duda ninguna el Salvador uno de los centros de cultura cristiana más im-

portantes de la Nación. La tradición cultural y apostólica del Salvador se nutrió de su tradición docente y de la intensa actividad pastoral que siempre mantuvo su Iglesia. El aporte del Salvador a la cultura nacional, ha sido, sin duda, de un valor relevante. Podríamos evocar aquí esas grandes figuras de los Padres que han precedido y acompañado al P. Furlong: tanto ellos como él eran profesores del Colegio y al mismo tiempo eran eminentes hombres de cultura, especialistas en historia, filosofía, matemáticas, ciencias. En la tradición científica y cultural del Salvador, se inserta con toda su plenitud la vocación del P. Furlong. Seguramente que en la historia de la cultura argentina va a ocupar él uno de los lugares más prominentes, al lado de los grandes historiadores y de los grandes pensadores que ha tenido el país. Dejo esta misión a

VISTAS
DEL
COLEGIO
DEL
SALVADOR





los que lo han acompañado en la Academia de la Historia y en la Academia de la Geografía, que conocen más de cerca que yo lo que ha hecho en este campo el P. Furlong. En el futuro ciertamente no se podrá prescindir de lo mucho que ha escrito el P. Furlong, pues parece que ha reunido una inmensa enciclopedia de la historia cultural argentina.

En el Salvador, también surgió como uno de sus mejores frutos de su tradición cultural, la Universidad. Como Director del Instituto de Investigaciones Históricas, estaba dando también en ella el P. Furlong lo mejor que tenía, todo lo que podía dar, realmente fiel a su vocación en todos los órdenes, como sacerdote, como jesuita y como jesuita del Salvador en Argentina (...).

Cuando vino el P. General a Bue-

los Aires, en agosto del año 1973, el P. Furlong lo escuchó con gran expectativa. Por suerte recibió una gran consolación, y como todo en el P. Furlong, su adhesión a las personas y a las palabras del P. General fue terminante. Pero luego otras cosas para él incomprensibles le hacían sufrir mucho.

Lo mismo en el Salvador: los cambios que era necesario introducir en la biblioteca (un sistema de clasificación más moderno, lo que implicaba cambio de ubicación de los libros con el peligro de extravíos, etc., etc.); los cambios de la vida de comunidad (a veces tan pequeños como hacer la oración en común en el comedor en vez de la capilla), cosas a veces pequeñas, a veces importantes, que rompían una tradición de siglos de la Compañía, eran para él verdaderas tragedias (...). El P.

Furlong sufría amargamente porque le parecía que la esencia del espíritu de la Compañía y de la Iglesia a veces se resquebrajaba, lo mismo que la tradición en esta casa del Salvador, en la que él había vivido tantos años.

Realmente, fueron sufrimientos los de los últimos años que no se pudieron evitar, a pesar de los enormes esfuerzos que hizo la Compañía

y que hizo también el Salvador por ayudarlo y complacerlo en todo lo posible.

Porque el P. Furlong puede estar satisfecho de la Compañía. En ella ha podido desarrollar plenamente su vocación en gran profundidad (...). El ha escrito y ha publicado siempre cuanto ha querido. Pero la Compañía, por su parte, puede estar satisfecha y enorgullecerse con justicia:

porque si ha dado esta libertad, esa ayuda, esa colaboración al P. Furlong, ha recibido una enorme respuesta de éste por la fidelidad a su vocación, fidelidad a la Compañía y a la Iglesia, como hombre intelectual y como escritor (...).

He aquí pues, sencillamente trazada, la imagen de nuestro querido P. Furlong. . ."

Capilla de alumnos del Colegio del Salvador.

